

Juan Moscoso del Prado

SER HOY DE IZQUIERDAS

Por una izquierda moderna y ejemplar



Prólogo a cargo de Alfredo Pérez Rubalcaba

Epílogo a cargo de Felipe González

DEUSTO

Ser hoy de izquierdas

Por una izquierda
moderna y ejemplar

JUAN MOSCOSO DEL PRADO

Con la colaboración de Matt Browne



EDICIONES DEUSTO

© 2014 Juan Moscoso del Prado

© Centro Libros PAFP, S.L.U., 2014

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Microbio Gentleman

ISBN: 978-84-234-1892-3

Depósito legal: B. 5.753-2014

Primera edición: abril de 2014

Preimpresión: Medium

Impreso por Artes Gráficas Huertas

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prólogo, por Alfredo Pérez Rubalcaba	9
1. Introducción	15
España y la izquierda, una modernización paralela	15
2. Ser de izquierdas	21
Ser de izquierdas	22
Socialismo y liberalismo	22
Izquierda y globalización.	25
Una nueva agenda para la izquierda	28
Modernizar desde la izquierda	29
3. La crisis de la izquierda, ¿la única crisis?	31
La izquierda al final del siglo xx y a principios del siglo xxi	33
España: crisis económica, social, política e institucional	36
Socialistas y socialdemócratas europeos	40
La izquierda no europea	41
Del Consenso de Washington al Consenso de Merkel	44
Por las clases medias y el fin de las oligarquías	46
4. Medio siglo de cambios en la izquierda y en el mundo	49
Los dos gobiernos del PSOE.	49
Cuatro décadas de transformación social	51
La desaparición de la clase trabajadora	52
Izquierda y modelo de crecimiento.	55
¿Prosperidad sin crecimiento?	56
El lenguaje propio de la izquierda	60
La izquierda es libertad	61
Estado del Bienestar	63

Igualdad	64
Ciudadanía es fraternidad	68
Poder, riesgos y amenazas en transformación	70
Una izquierda siempre en cambio desde la razón.	71
El riesgo de la mercantilización de la sociedad	73
5. Ideología y ascenso social: una tesis	75
Ideología y clase social	75
Izquierda y derecha en España	78
6. Muchas asignaturas pendientes:	
el patriotismo progresista	82
Sensación de fracaso colectivo.	83
La inexistencia de una simbología democrática.	84
Patriotismo progresista.	87
Ideología e identidad	90
Tensiones centrífugas y centrípetas.	91
7. El modelo de Estado	94
La organización territorial del Estado:	
una cuestión abierta	94
Singularidades constitucionales.	96
De la asimetría al federalismo.	99
La cuestión fiscal	101
8. Desafección política: partidos y corrupción	103
El sistema electoral	104
Unos partidos políticos setenteros	107
La corrupción	110
9. 1993-2008: Un ciclo económico perdido	113
Economía e izquierda y derecha	113
La crisis en España: un error colectivo colosal	114
El mito 1996-2004	115
1993-2008: Un ciclo económico completo perdido	117
Una reivindicación de las empresas desde la izquierda	119
El nuevo ciclo	122
Europa, austeridad y nuevo rumbo.	125
Competitividad de izquierdas	127
Europa vista desde el sur.	130
Una izquierda europeísta y competitiva en lo económico	132
10. El futuro que nos espera (por Matt Browne)	135
10.1. <i>Wii, The People</i> (nosotros, la gente).	
Partidos, movimientos, infraestructuras	
y campañas en la era 2.0	137
Introducción.	137
<i>The changing face of politics</i>	
(El rostro cambiante de la política)	138

<i>Rebuilding to reclaim the American dream</i> (Reconstruir para recuperar el sueño americano) . . .	141
<i>Learning from the Conservative Message Machine</i> <i>Money Matrix</i> (Lecciones de la organización económica conservadora de fabricar mensajes)	142
Revisión de las políticas demócratas	144
Caso práctico en la construcción de infraestructuras de partido a largo plazo: La «Estrategia demócrata de los 50 estados»	146
Una «estrella de la muerte» progresista	149
Caso práctico en liderazgo de los jóvenes: Campus Progress	152
El resurgir demócrata y los fundamentos para el cambio	154
Caso práctico en organización de campaña: Los principios de organización de la campaña Obama	155
Cumpliendo y defendiendo el cambio	158
Dos pasos adelante, uno atrás...	158
Caso práctico: Estudio de promoción y difusión política (<i>Policy Advocacy</i>)	160
Mirando hacia adelante, no hacia atrás	164
Caso práctico sobre movimientos externos: el movimiento Occupy	165
Caso práctico sobre creación de movimientos: el proyecto Progreso 2050	166
América en 2050	166
La iniciativa <i>One Future Together</i> (Un futuro juntos) . . .	167
Leadership Institute	168
Conclusión: <i>Wii, the people</i> («Nosotros, la gente», así comienza el preámbulo de la Constitución de Estados Unidos, <i>We the people</i>)	172
¿Redescubrimiento de la política?	173
Construyendo un diálogo transatlántico	175
10.2. Una nueva alianza progresista.	176
¿Un resurgimiento (<i>revival</i>) progresista?	176
Nuevos retos para la familia progresista: un nuevo contexto	182
Contrarrevolución conservadora	183
Los éxitos de la Tercera Vía	185
¡Es la clase media, estúpido!.	188
Una nueva agenda progresista para la renovación económica	191

Reformar el gobierno.	195
Bretón Woods 2.0.	198
Cambio demográfico, los valores del siglo XXI y el incremento de la competencia de los progresistas.	200
El resurgir de la diversidad progresista	202
El reto de la coalición.	208
Conclusión: Regreso al futuro.	212
11. La izquierda como ejemplo	215
Una izquierda modernizadora.	215
La izquierda es Europa.	216
Alejar Europa del control de las élites	219
Ciudadanía europea	222
Proyecto y credibilidad.	223
Ejemplaridad	225
El camino de las reformas constitucionales	227
Cuidando el proyecto común	229
La deriva hacia la extrema derecha.	230
12. Reto y ruta para la izquierda	234
Pensar en grande	234
Inteligencia emocional y poder	237
Ensanchando la clase media.	239
Agenda, perfiles y reputación organizativa	240
Clase media trabajadora	242
Crecer.	244
Medio ambiente.	246
Una concepción progresista del mundo	248
Europa en 2014	250
La socialdemocracia europea	252
Redistribución y predistribución	255
Un proyecto de crecimiento alternativo, y creíble	260
Redistribución de oportunidades.	260
Solos no podemos.	261
Política y modernización: nuevos espacios para la izquierda	263
Liderazgo, equipos y gestión.	265
Superar la crisis de valores.	266
La izquierda que viene en España	268
Por una izquierda moderna y ejemplar.	269
Epílogo, por Felipe González	271
Bibliografía	273

Introducción

La izquierda y España se necesitan. Ambos se han modernizado al mismo tiempo. Es más, sin la modernización de la izquierda no se habría producido la de nuestro país. Sin una izquierda moderna y con capacidad de gobierno, España se paraliza, se ahoga, se pierde bajo la gris hegemonía de la derecha y reaparecen las viejas contradicciones y frustraciones que tanto nos han lastrado en la historia. Nuestro país sólo ha sido capaz de equipararse a los países europeos de nuestro entorno cuando una izquierda así ha existido, una izquierda innovadora y transformadora, y cuando ha ejercido responsabilidades de gobierno. Es imposible comprender la transformación de nuestro país y su rápida homologación con los países de Europa occidental desde la Transición democrática, sin tener en cuenta el papel principal que ha desempeñado la izquierda española, y en especial el partido socialista y sus diferentes gobiernos a lo largo de este período.

España y la izquierda, una modernización paralela

La España democrática ha salido adelante afrontando con éxito los retos y desafíos cuando la izquierda ha sido capaz de liderar un proyecto con el que se identificara una mayoría de ciudada-

nos. El mejor ejemplo de ese trabajo acumulado de modernización y democratización es que, a pesar de la evidente debilidad con la que el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) salió del Gobierno de la nación tras la derrota en las elecciones generales de 2011, es su obra, la de sus Gobiernos, la que reivindica hoy masivamente una desconcertada sociedad. Su obra, sus logros, y no tanto a sus autores o a los herederos de los mismos. Una sociedad o ciudadanía, también profundamente desilusionada, enojada e incluso indignada con la llamada «clase política», en España y en buena parte de Europa. El sistema público educativo, el sanitario, las pensiones, e incluso el sistema de dependencia a pesar de su limitado desarrollo por la irrupción de la crisis, son obra del PSOE y de los diferentes equipos de hombres y mujeres que han trabajado bajo sus siglas durante décadas. Las fuerzas políticas a su izquierda no siempre apoyaron sus reformas, y las de la derecha apenas nunca lo hicieron. En justicia, no obstante, hay que reconocer que la principal fuerza política de la izquierda española, el partido socialista, ha colaborado en ocasiones incluso de manera estrecha con otros partidos y coaliciones de izquierdas de menor dimensión y menor vocación de gobierno, en particular con Izquierda Unida (IU), en particular a escala local y autonómica, y también parlamentariamente cuando ha carecido de mayoría absoluta en el Congreso de los Diputados. Con todo, en ocasiones esos partidos han optado por pactar con fuerzas a la derecha de los socialistas, como ocurre actualmente en Extremadura.

Sin embargo, ese legado que hoy reivindica la mayoría de la sociedad española es el mejor ejemplo de la importancia que debe tener la izquierda. Una izquierda que debe dar ejemplo en todos los ámbitos que forman parte de lo que llamamos política —coherencia con sus valores; proyecto económico, social, para Europa, de modelo de Estado; excelencia, capacidad y preparación— para volver a ser de nuevo el principal protagonista y también catalizador de un proyecto de país radicalmente renovado que permita recuperar la ilusión compartida y la confianza en el progreso de todos y todas como ciudadanos en una España cohesionada, próspera, abierta, laica, europea y cosmopolita.

El objetivo de este libro es analizar desde una perspectiva política el momento de profunda crisis económica, social, institucional y política que vivimos. Un análisis, pero también una reflexión que no pretende ser académica sino personal como ciudadano y también como diputado electo y como responsable político en mi partido, con el objetivo de destacar la responsabilidad a la que nos enfrentamos los que nos consideramos de izquierda, incluso la trascendencia histórica que tendrán las decisiones que se adopten ahora. Una responsabilidad todavía mayor para los que en la izquierda nos consideramos socialistas, socialdemócratas o progresistas porque en mi opinión conforman, conformamos en torno al PSOE, la única familia política articulada de la izquierda española capacitada para impulsar las decisiones que pueden sacar a nuestro país de esa crisis múltiple que antes mencionaba.

El objetivo es también hacerlo en positivo. Se puede hacer, lo hemos hecho antes, la sociedad nos lo exige, aunque sea indirectamente, cuando reivindican con furia las políticas que hicieron compañeros que ya no están, aunque la sociedad haya olvidado que somos los mismos y no nos crea, no se fíe ni confíe en nosotros. Estamos obligados a ser, de nuevo, los grandes reformadores de nuestro país. Estamos obligados a ser de nuevo un ejemplo, en todo.

Hay muchos libros que analizan la izquierda y su supuesta y sempiterna crisis desde diferentes planteamientos. Éste lo hace recogiendo las aportaciones con las que, desde mi experiencia y formación, desde mi propia perspectiva, incluso personal, sin tener miedo a que como consecuencia de ello los lectores me puedan conocer mejor, puedo contribuir a ese apasionante y siempre abierto debate.

También, pretendo añadir una visión complementaria a la de todos los trabajos¹ aparecidos en los últimos meses que, en con-

1. Ignacio Urquizu, *La crisis de la socialdemocracia, ¿qué crisis?*, La Catarata, 2012; Juan F. López Aguilar, *La UE: suicidio o rescate*, Tirant lo Blanch, 2013, y *La socialdemocracia y el futuro de Europa*, La Catarata, 2013; Jonás Fernández, *Una alternativa progresista*, Deusto, 2013; Rafael Simancas e Inmaculada Rodríguez-Piñero, *Sumando ideas: socialdemocracia y economía*, Fundación Ideas, 2012, entre otros.

junto, demuestran el vigor y la intensidad del debate que existe en el seno de una izquierda mucho más viva de lo que algunos quieren reconocer, y que asimismo demuestran el rigor del análisis y la crítica que genera.

Ni la izquierda española, ni la izquierda en general, pueden pretender resolver los graves problemas que amenazan la estabilidad de nuestra sociedad y su porvenir en solitario. En nuestro caso, el caso español, como ciudadanos de un país mediano que forma parte del proceso de integración política más avanzado que existe en el mundo: la Unión Europea (UE). Una UE inmersa a su vez en las complicadas consecuencias de lo que llamamos globalización o mundialización.

La izquierda debe poder llevar a la práctica sus sueños y aspiraciones, concretando, ejerciendo el gobierno democrático con pericia, transformando la sociedad como se suele decir.

La izquierda tiene que ser capaz de nuevo de ofrecer un proyecto coherente y cohesionado a escala europea, incluso global, y debe hacerlo por dos razones principales. La primera es que sin un mensaje global, coordinado e identificable, por encima de la realidad de los cada vez más debilitados Estados-nación difícilmente volverá a ser una opción ganadora. A diferencia de la derecha, a la izquierda le refuerzan los éxitos en cualquier país del mundo y le debilitan profundamente las contradicciones y los fracasos donde quiera que tengan lugar. La segunda razón es que si no lo hace a escala global, jamás logrará poner en marcha medidas en la única escala o dimensión desde la que se pueden parar las fuerzas que la desregulación neoliberal han desencadenado y que amenazan con imponer una realidad de desigualdad e injusticia incompatible con los valores de la izquierda.

Por estas razones he creído pertinente, y también porque él me lo sugirió oportuna y constructivamente, como siempre hace, adjuntar dos reflexiones escritas por mi amigo Matt Browne, que he incluido juntas dentro del capítulo 10, «El futuro que nos espera». La primera nos ilustra con el mejor ejemplo de izquierda innovadora y rompedora de los últimos tiempos, la que ha llevado a un presidente como Barack Obama ya en dos ocasiones a la Casa Blanca, en un país profundamente democrático

pero de tradición, digamos, para la «izquierda» muy distinta a la europea. Un gran ejemplo de cómo la izquierda debe innovar y arriesgar para ilusionar, atraer nuevos votantes y configurar mayorías compatibles con la nueva realidad social, y hacerlo con propuestas rompedoras formuladas desde la esencia misma de los valores de la izquierda. La segunda ilustra la realidad política y económica a la que debe hacer frente la izquierda, más y más variados partidos políticos que invaden el espacio en el que antes reinaban cómodamente los partidos socialistas tradicionales, la desaparición del electorado trabajador tradicional, que surtió de votos a la socialdemocracia durante buena parte del siglo xx, y los nuevos objetivos que se debe marcar. Incluso, las alianzas que deben formularse con formaciones como las ecologistas o verdes (no puedo estar más de acuerdo), o con los liberales. En este caso coincido menos puesto que son formaciones, quizá, propias de otra sociedad distinta a la nuestra, al menos por ahora.

Ambos ilustran también la importancia que tiene ya para siempre la cooperación internacional entre los progresistas de todo el mundo en todos los ámbitos que comprenden lo político, un ámbito en el que he tenido la suerte de poder participar activamente desde hace quince años tanto desde el PSOE como desde la pionera Fundación Alternativas y otras como Policy Network² o la Fundación Europea de Estudios Progresistas (FEPS),³ y eventos como los Global Progress.⁴

El resto del trabajo, ya desde una perspectiva más centrada en la realidad de nuestro país, recorre un camino que comienza con una reflexión sobre la crisis de la izquierda, ¿la única crisis?, y sobre lo que significa ser de izquierdas, una reflexión inevitable para situar el arranque del libro en el lugar concreto en el que una mayoría sitúa a la izquierda, para intentar proponer una

2. Policy Network: <http://www.policy-network.net/>.

3. Foundation for European Progressive Studies (FEPS) <http://www.feeps-europe.eu/en/>- La FEPS es la impulsora de la iniciativa de análisis sobre el futuro de la izquierda «Next Left».

4. Véase *Progressive Governance: the politics of growth, stability and reform*, «Memos to the left», publicado por Policy Network & Global Progress (2013).

ruta que logre alejarlo de ese, en cierta medida, lugar común pero no por ello menos real.

A partir de ahí se repasan los principales hechos políticos que caracterizan medio siglo de cambios en la izquierda y en el mundo hasta la irrupción de la crisis financiera en 2007 y la posterior explosión de la burbuja inmobiliaria en nuestro país. Continúa con los dos capítulos quizá más personales de este trabajo, el primero sobre las asignaturas pendientes de la izquierda en España y en particular la inexistencia de lo que llamo «patriotismo progresista». El segundo sobre una realidad que siempre me ha preocupado, la derechización personal que acompaña al proceso de ascenso social y las críticas desde todo el espectro ideológico a las clases medias y profesionales liberales de izquierdas.

Los siguientes capítulos repasan temas de inevitable actualidad, el modelo de Estado enmarcado en la crisis de Cataluña y las propuestas de reforma de la Constitución de 1978. A continuación, la desafección atendiendo a sus causas y en particular el funcionamiento de los partidos políticos y la corrupción. Después, un capítulo de contenido económico, 1993-2008, un ciclo económico perdido.

Continúa con «El futuro que nos espera», con la colaboración de Matt Browne antes citada. El libro termina con los dos capítulos centrados en las propuestas específicas que deben contribuir a recuperar una izquierda ejemplar con un proyecto claro de gobierno para nuestro país y también para Europa.

Ser de izquierdas

Durante el tiempo que he dedicado a escribir estas páginas, he leído algunos libros por primera vez, la mayoría obtenidos en préstamo en la biblioteca del Congreso de los Diputados, y también he tenido la oportunidad de releer algunos que tenía en la mía particular, modesta pero con valor sentimental, desde el *Izquierda punto cero*⁵ de mis inicios políticos hasta el *De nuevo socialismo*, de Jordi Sevilla,⁶ un ensayo de calado, valor académico y longeva actualidad. Si Sevilla arrancaba su análisis en los ilustrados franceses, en la revolución, para revisar después el valor presente y la materialización concreta de los tres grandes principios que la inspiraron, igualdad, libertad y fraternidad —y que siguen su planteamiento en los capítulos en los que aparecen—, mi trabajo lo hace siguiendo la trayectoria de la izquierda en España, y también en Europa y el resto del mundo, desde la Transición española hasta lo ocurrido ya en el siglo XXI.

5. Giancarlo Bosetti (comp.), *Izquierda punto cero*, Paidós, 1996.

6. Jordi Sevilla, *De nuevo socialismo*, Crítica, 2002.

Ser de izquierdas

Jordi Sevilla en el trabajo citado o Juan F. López Aguilar en *La socialdemocracia y el futuro de Europa* explican bien el origen, la evolución y el desenlace —por ahora— del socialismo, de la socialdemocracia, un análisis que comparto plenamente. Hace poco escuché a José María Maravall definir lo que para él es ser de izquierdas, «los que nos indignamos ante la injusticia y la ignorancia», y debo reconocer que me caló hondo porque la frase recoge con precisión lo que somos o cómo nos sentimos algunos que así nos consideramos. Por supuesto hay mucho más. Para la izquierda, la idea de que todos podemos vivir mejor es una posibilidad real además de un imperativo moral.

Socialismo y liberalismo

El socialismo es una consecuencia lógica del desarrollo hasta las últimas consecuencias del principio de libertad, es la libertad de todos, de los más humildes en una sociedad con desigualdades y grandes diferencias. Y esa libertad exige igualdad para ser ejercida, igualdad en sentido amplio, o igualdad de oportunidades desde una perspectiva materialista que demanda políticas públicas democráticas para garantizarla. Sin igualdad no hay libertad. Sin igualdad sólo son libres de facto unos pocos. ¿Y la fraternidad? La ciudadanía.

Por eso las conquistas de la democracia liberal deberían llamarla democracia social o democracia social-liberal, social por igualdad y liberal por libertad, y siempre democracia por ambas. Entre socialismo y liberalismo siempre ha habido una relación clara, y así ha sido desde John Stuart Mill hasta pensadores de hoy, a los que algunos hemos llegado desde la economía, como John Rawls, quien nos advierte de que sin resolver el problema de la equidad las libertades pueden ser sólo formales, o desde la política, como Jürgen Habermas. Esa relación clara entre socialismo y liberalismo es, en la práctica, una necesidad recíproca, lo que no ha evitado que desde ambos espacios se hayan cruzado

críticas contra el espacio contrario o contra los que, ya fuera desde un espacio o el otro, han resaltado el valor del espacio común que están obligados a compartir para lograr sus objetivos. John Stuart Mill, en sus *Principios de política económica* (1856), afirma que el bienestar de un pueblo debe lograrse por medio de la justicia y la libertad de sus ciudadanos, ciudadanos que deben salir adelante sin paternalismos —los de la época, la caridad—, conquistando la dignidad individual pero también colectiva, en lo que llama las virtudes de la independencia, pero también en la influencia civilizadora de la asociación, esto es, de la cooperación entre trabajadores y empresarios, y también entre los propios trabajadores. A Mill se le considera por ello padre del «liberal-socialismo».

Particularmente acertada es la referencia al socialismo como «ideal de libertad para todos», de Carlo Rosselli en su *Socialismo liberal* de 1930. Para él, el socialismo es el método mayoritario «para conocer la verdad y garantizar el progreso social y asegurar la libertad», no muy diferente de la esencia de la frase de Maravall. El socialismo de Rosselli es, en sus palabras, «liberalismo en acción», es la libertad que se elabora para los más humildes, es el desarrollo lógico y racional del principio de libertad llevado hasta sus consecuencias extremas. Es el fin de los privilegios burgueses que reclaman los socialistas. Es considerar al socialismo democrático, la socialdemocracia, como heredera completa del liberalismo siguiendo el camino abierto por Mill.

Tony Judt reconoce abiertamente su admiración intelectual por autores liberales como Isaiah Berlin, al que considera un liberal clásico, que reconocía la necesidad de la provisión del bienestar y la provisión social así como de la tributación progresiva, un autor, por sus ideas y trayectoria, opuesto a toda forma de autoritarismo. Como con Mill, ahí se encuentran planteamientos compartidos con pensadores de izquierda como Rosselli, convencido de que el conjunto de reglas de la democracia liberal «es esencial no sólo para reunir al socialismo sino también para su realización», concepción que se resume en su frase «el liberalismo como el método, el socialismo como fin». El liberalismo del socialismo liberal de Rosselli es un método, un instrumento

irrenunciable que garantiza la democracia y la autogestión de los ciudadanos. Desde su perspectiva, previa a la segunda guerra mundial y en pleno auge del estalinismo y de la Tercera Internacional, el liberalismo aporta una función y garantía democrática, el «método liberal» es el conjunto de reglas complejas que todos los partidos políticos asumen y respetan, reglas diseñadas y pactadas para garantizar la vida en común y la convivencia pacífica de los ciudadanos, clases y Estados. La principal crítica a las ideas de Rosselli desde la propia izquierda, o al menos la que más recorrido ha tenido, es que su idea, supuestamente, configura un socialismo de élites alejado del partido o de su base electoral «de clase». Si ha sido así en algunos momentos, quizá ésa sea la clave de la crisis de un tipo de izquierda democrática.

Este debate no es nuevo. Pablo Iglesias dijo que «quienes contraponen liberalismo y socialismo, o no conocen al primero o no saben los verdaderos objetivos del segundo». Y muchos recordamos la frase de Indalecio Prieto: «Soy socialista a fuer de liberal». En España la derecha política nunca ha sido ni será liberal. Los autocalificados liberales que militan en el Partido Popular (PP) son como mucho los *enfants terribles* de la derecha, liberales de salón que marcan con gestos muy medidos los límites que la derecha española permite rozar desde dentro, sin dejar de perder por ello el derecho de ser miembros de pleno derecho de la gran y única casa de la derecha española, que nada tiene de liberal. Los liberales económicos y aquellos que formulan un discurso basado en la primacía absoluta del concepto de libertad, y que en España representan nombres como Carlos Rodríguez Braun o Juan Ramón Rallo —en la estela de la Escuela Austríaca—, consideran que el liberalismo pivota sobre la libertad individual en todos los aspectos económicos y sociales, va mucho más allá de la economía y no tiene una alternativa nítida en la política ni un modelo predeterminado de sociedad.⁷ Poco que ver con el supuesto liberalismo del partido hegemónico de la derecha española, no sólo en materia de derechos civiles

7. Carlos Rodríguez Braun y Juan Ramón Rallo, *El liberalismo no es pecado*, Deusto, 2011.

y libertades, sino también en el ámbito económico y respecto a su concepción del Estado y de las instituciones.

El término liberal, sin embargo, tampoco goza de grandes simpatías entre la izquierda española o europea; menos quizá desde que el concepto (o simplemente calificativo) de neoliberal, mezclado con el de neocon, se convirtió en el calificativo de la derecha de George W. Bush, José María Aznar y tantos otros. En Estados Unidos, por el contrario, ser liberal es sinónimo del más genuino izquierdismo.

Izquierda y globalización

La socialdemocracia, la izquierda posible, tiene que dar respuesta a importantes cuestiones. La primera, sin duda, qué hacer en un mundo en el que nada es por casualidad, como por ejemplo las consecuencias últimas de la globalización, resultado de muchas decisiones en las que la socialdemocracia ha participado, como el apoyo a la liberación de los movimientos de capitales, o la apertura comercial a China desde que este gigante ingresara en la Organización Mundial de Comercio (OMC).

Una globalización que, sin embargo, ha sido capaz de sacar en pocos años a mucha más gente de la pobreza que varias décadas de Ayuda Oficial al Desarrollo. Sin duda, un buen ejemplo de la transformación profunda en la que estamos inmersos.

La magnitud de los retos y la intensidad y rapidez de las transformaciones que vivimos exigen que la izquierda sea capaz de no negar nunca problema alguno, que sea valiente, porque pocas cosas son intocables, y que mantenga coherencia absoluta con sus principios y objetivos.

En este contexto, la derecha ha logrado establecer una clara hegemonía desde la caída del Muro de Berlín. Una caída que, aunque haya afectado como se verá más adelante al socialismo democrático, a la socialdemocracia, al diluir su peso específico como alternativa a lo que ocurría al otro lado del telón de acero, sin embargo, ha transformado también a la derecha, que se ha visto con fuerza suficiente como para romper el pacto social. La

nueva derecha pretende una hegemonía en el más puro estilo gramsciano,⁸ una superestructura al servicio de un marco ideológico propio, reaccionario y nada igualitario que está provocando cierta crisis de la propia democracia.

La batalla de la izquierda española, europea y global es acabar con esa hegemonía y demostrar primero, para convencer después, que existe una alternativa progresista a la del crecimiento fundamentado en la desregulación y la competición a la baja en protección social. Ese reto a escala europea es mayor si cabe porque Europa no tiene ni tendrá sentido desligada de su modelo de cohesión, de crecimiento con igualdad.

La nueva realidad global reflejada en la paradoja de Rodrik⁹ muestra hasta qué punto la izquierda puede acabar acorralada porque ni puede —ni probablemente sea una buena idea— combatir la globalización ni mucho menos la democracia. De modo que frente a la amenaza del nacionalismo como escapatoria, que nunca solución, sólo le queda la alternativa de articular una verdadera posición global favorable a la igualdad y el crecimiento. Una situación en la que la política, básicamente de dimensión nacional, está en crisis simplemente porque las cosas ya no dependen de ella, al menos en esa dimensión.

La principal transformación que ha traído esta globalización ha sido la generalización mundial del uso de tecnologías. Desde la revolución industrial y hasta las crisis del petróleo, Occidente hizo frente a las reivindicaciones sociales combinando su apertura comercial y exportadora con la mejora constante de las condiciones de vida de los trabajadores, mejoras exigidas y canalizadas por los movimientos obreros y la socialdemocracia. Ese modelo, no obstante, permitía convertir las intensas mejoras constantes de productividad en fuentes de redistribución de renta porque fuera de las sociedades desarrolladas en las que se

8. En referencia a Antonio Gramsci, filósofo, teórico marxista, político y periodista italiano creador del concepto de hegemonía y bloque hegemónico.

9. Dani Rodrik, *The globalization paradox: Why global markets, States, and democracy can't coexist*, Oxford University Press, 2011. Versión castellana de María Dolores Crispín, *La paradoja de la globalización. Democracia y el futuro de la economía mundial*, Antoni Bosch Editor, 2012.

producía no existían alternativas industriales capaces de competir con ellas. Otra consecuencia de este esquema era que existía margen de productividad suficiente para que los trabajadores de los sectores de servicios mejoraran de manera continua el poder adquisitivo de sus salarios. Todo ello funcionaba, también, porque una parte proporcionalmente cada vez mayor de la humanidad vivía en condiciones de extrema pobreza. Pues bien, este esquema ya no existe, la movilidad del capital, el papel de las multinacionales, la apertura comercial y la generalización del conocimiento tecnológico han provocado que aquellas rentas cautivas de Occidente ya no lo sean, y que la única manera de garantizar empleos bien remunerados y de alto valor añadido sea la innovación continua y el progreso técnico, mientras que cada vez es más difícil garantizar salarios dignos para los puestos de trabajo que exigen menos cualificación.

En este contexto, e incluso en las peores fases de la crisis actual, muchas empresas responden bien gracias a la internacionalización, lo cual es sin duda importante. Por ello, vivimos unos tiempos en los que la desigualdad es perfectamente compatible con la existencia incluso de boyantes sectores de altísima competitividad. Algo nuevo en Europa pero no tanto, por ejemplo, en la India.

Europa sólo tendrá futuro con partidos socialistas y socialdemócratas fuertes. Europa sólo podrá mantener y exportar su modelo social si crece, genera riqueza y es competitiva. Exportarlo por justicia, y para blindar la igualdad a escala global. Europa debe acelerar su viaje hacia la unión política, armonizando fiscalidad y presupuestos, homologando sin competir hacia abajo el funcionamiento de los mercados de trabajo, comunitarizando la defensa del Estado del Bienestar. Reeeuropeizar Europa equivale a volver a situar los principios de solidaridad, cohesión y prosperidad en el punto de mira de todas las decisiones, haciéndolo desde la realidad actual. Modernización, izquierda y más Europa social, Estado del Bienestar o Estado social —y democrático de derecho, en la expresión de nuestra Constitución—, que exigen una salida progresista de la crisis, cohesionada, frente a la vía dual y profundamente desigual que propone y que ya está pilotando la derecha.

Una nueva agenda para la izquierda

Esta nueva realidad está generando una nueva gran ola de desigualdad y discriminación, para algunos tanto como la creada por la revolución industrial en el siglo XIX y que tanto lograron reducir después las políticas socialdemócratas, eso sí, sólo en Occidente.

Estos retos exigen una respuesta de la izquierda, una respuesta política, porque la socialdemocracia es democracia antes que nada. Y ello exige proponer medidas que simplemente son política.

Una izquierda en una nueva realidad en la que la clase trabajadora que protegía sus rentas e intereses de clase en un mundo de Estados-nación, democracia social y explotación en el resto del mundo apenas existe. Ya no hay clase trabajadora que sólo sea eso. En la sociedad actual los individuos ya no se definen colectiva o ideológicamente por su relación con el mundo del trabajo, aunque éste siga siendo el único o principal camino para poder ejercer plenamente todo lo que la ciudadanía aporta e implica. En la sociedad actual los individuos se definen de modo multidimensional; ya no sólo es el trabajo, que también, sino otros muchos elementos. La ciudadanía vive y ejerce sus derechos en una sociedad mediática que hace que nuestra democracia sea mediática y sus políticos también. Una sociedad dominada por unos medios que fabrican la realidad, la distribuyen y la simplifican, lo cual complica gravemente el mensaje socialdemócrata.

La izquierda necesita una agenda para la globalización, «una agenda de combate», utilizando la expresión de Juan F. López Aguilar, una agenda de radicalismo democrático. Una izquierda que refuerce y haga realidad su vocación transformadora, reformista, internacionalista, europeísta.

Nuestro país, España, vive una difícil etapa en lo económico y social pero también en lo político, debido a los problemas que sufre nuestro sistema institucional y territorial. Un sistema petrificado en el esquema pactado en 1978 y también ante las exigencias democráticas, de participación y transparencia que reclama una ciudadanía que treinta y cinco años después de la

aprobación de la Constitución exige otras prioridades desde los planteamientos de hoy, algunos muy distintos a los de entonces. Hasta ahora ambas reivindicaciones, legítimas e imprescindibles, no han sido respondidas.

Este difícil momento exige la concurrencia de una alternativa de izquierdas sólida y creíble capaz de volver a liderar las transformaciones que nuestra sociedad reclama en diferentes ámbitos. España ya no es aquel país ilusionado con su futuro, capaz de asombrar al mundo con sus transformaciones, energía y reformas. Durante la Transición lo hicimos en lo democrático y territorial, después en lo económico y social con la consecución del sueño de Europa, y más tarde en materia de libertades civiles y derechos al final de un largo período de crecimiento. Sí, porque de repente todo se vino abajo con la crisis financiera internacional y el estallido de nuestra insostenible burbuja inmobiliaria. Un final que puso en evidencia los profundos errores colectivos mantenidos durante un largo ciclo económico completo, y que ha contribuido a agravar la cuestión territorial que nunca quedó definitivamente cerrada.

Modernizar desde la izquierda

Hoy necesitamos un nuevo esfuerzo modernizador que sólo la izquierda puede llevar a cabo. La izquierda gobernó con holgura en España cuando nadie dudaba de que era la principal fuerza modernizadora del país. Necesitamos un proyecto y un mensaje claro y contundente, comprensible, modernización. La izquierda ilustrada, europeísta, movida por la lucha contra la injusticia y la ignorancia, capaz de aprender de los errores pasados y de volver a ilusionar a un gran país que merece volver a soñar con un futuro mejor. Un futuro de convivencia en el que quepamos todos, que retome la construcción de una sociedad justa, ejemplar en sus libertades, abierta y cosmopolita. Una sociedad que vuelva a ser capaz de avanzar en la reducción de desigualdades, ampliando el bienestar de todos y todas, responsable con los valores cívicos, con lo público, y sustentada en un tejido económico y

productivo sólido, sostenible e innovador, que recupere el valor de la innovación, capaz de generar empleo de calidad dejando atrás para siempre los excesos de una época en la que primó el cuanto más y más deprisa mejor.

Mi opinión es que la derecha española no lo puede hacer. Y si pudo hacerlo alguna vez, aunque fuera sólo en parte, ha vuelto a perder su oportunidad. Desde luego en 2011 no venció ilusionando, y en el presente ciclo político su huella definitiva ya está marcada. Más desigualdad, recortes ideológicos, inflexibilidad y miedo ante las reformas democráticas y territoriales, claros retrocesos por su legislación vinculada a determinada moral religiosa, parálisis ante la corrupción y pobre gestión de su especialidad, la economía, entre otros muchos problemas y debilidades. La derecha sólo ha logrado ilusionar de verdad en todos estos años en una única ocasión aupada por el mal llamado «milagro económico español», el origen de muchos de los males que hoy padecemos, aunque tampoco de todos. Todos sabemos cómo acabó aquello, y cómo la derecha perdió el gobierno en 2004 en mitad de aquel insostenible ascenso.

La izquierda debe, no obstante, ser capaz de movilizar a los ciudadanos y ciudadanas con hechos, con propuestas, abandonando la retórica que ha llegado a agotar y hartar a grandes sectores de nuestra sociedad que ya no nos votan. No sólo debemos decir qué queremos para todos, sino también cómo queremos conseguirlo. Ése es el reto.